



...de recuerdos

Cuando los amigos de mi hermano lo invitaban a jugar canicas, él siempre aceptaba con la condición de que yo jugara también. Tenían que decir que sí, pero la verdad era que no les gustaba jugar conmigo; en primer lugar porque yo no era chamaco como ellos, y se sentían ofendidos por tener que jugar con una niña; y en segundo lugar porque yo no sabía jugar. Tiraba las canicas muy despacio. Siempre fui enfermiza y parece que no tenía fuerza en los dedos. Los muchachos ponían todas las canicas en un círculo y había que sacarlas del círculo con un buen canicazo. A mí nadie me quería en su equipo porque nunca sacaba canicas, pero como mi hermano era muy buen jugador, todos lo querían de compañero y me tenían que aceptar.

Un día que estábamos jugando, le dijo un amigo a mi hermano: —se nos está haciendo tarde por culpa de tu hermana. Dura mucho rato para tirar, y luego ni les da., —Y a las seis pasa la loca— dijo el más chiquito del grupo. Todos se vieron con ojos asustados y yo menos podía tirar la canica. Estaba todavía tratando cuando el chiquito gritó —¡ahí viene la loca! Todos juntaron las más canicas que pudieron y corrieron. Mi hermano también juntó canicas y me gritó que me apurara. Me cogió de la mano para que pudiera correr tan aprisa como él. Yo traía los zapatos desabrochados y no pude correr. Uno se me salió y me agaché a recogerlo. Como mi hermano me jalaba de la mano a toda carrera caí de panzazo. Mi hermano me ayudó a levantarme cuando ya la loca se acercaba. No hubo más que escondernos en un zaguán y dejar que la loca pasara y no nos viera.

Y no pasó. Se paró muy cerca de nosotros y el corazón ya se nos salía por la boca. Tenía los ojos vidriosos y miraba sin ver. Los cabellos largos y enmarañados le colgaban sobre los hombros y sobre la cara sucia que reflejaba una infinita tristeza. Empezó a hablar. Primero, su voz era nada más un murmullo ronco y no podíamos entender lo que decía. Después el murmullo se volvió un suave susurro. Se podía entender lo que decía, pero no oíamos bien.

Casi nos salíamos del zaguán por oírla. Hablaba de un jardín de flores. Flores de distintos colores, flores de distintos tamaños, flores de distintos perfumes; pero todas igualmente preciosas y orgullosas de su hermosura. Después, su tono se volvió áspero.

Decía algo contra el viento que martirizaba algunas flores, que las cogía indefensas, allí nomás paradas sin poder huir, ni esconderse; que llegaba hasta ellas y las arrasaba con su furia. Pero, ¿por qué no era parejo el viento en su destrucción?, ¿por qué nomás a ciertas flores golpeaba fuertemente hasta derribarlas y a otras parecía escatimar?, ¿por qué escogía?, ¿por qué? Paró la loca de hablar. Llorando y tirándose de los cabellos se alejó. Las campanas dieron las seis. Mi hermano me dio la mano y caminamos en silencio hacia la casa. *fem*

* En nuestro primer número de *fem* dedicado a *Las chicanas* No. 34, Junio-Julio 1984, publicamos un cuento y una nota crítica de Sylvia S. Lizárraga.



ISSN 01885-2417
número extraordinario, 63, 64, 65; abril, mayo, junio 1986

Casa del tiempo

entrevista a José Agustín

Michael Löwy

marxismo y romanticismo
revolucionario

Jean Pierre Sironneau

el retorno del mito
y lo imaginario social

Herzog y Fassbinder: dos cronistas
de la explotación Rosario Ferré

poemas de José Luis Rivas

las voces de Rayuela
Julio Ortega

Milan Kundera o la soledad
en que vaga el hombre
Omar González

fotografías de Héctor García



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

\$300 pesos